CAPITULO XVI.

Donde se prueba con toda evidencia, que el valor rompe las cadenas mas bien forjadas.

I.

Han pasado cuatro meses de lances sangrientos y de combates.

La plaza de Cuautla está desmantelada; pero sobre aquellas trincheras arruinadas permanecen serenos los insurgentes, velando su estandarte, que ondea acribillado por la metralla.

Hacia diez dias que Morelos, lleno de aquel arrojo invencible que lo hizo el primer soldado de América, se habia arrojado sobre las baterías del Calvario y hecho huir al enemigo, pero su tropa hambrienta se lanzó sobre los carros de víveres, y los realistas recobraron su posesion.

El inmortal cura Matamoros que ocupa un lugar tan distinguido en nuestra historia, habia salido de la plaza abriéndose paso entre las filas contrarias, y reuniéndose á las fuerzas de don Víctor Bravo, intentó introducir víveres en la ciudad, y fué derrotado completamente por los soldados del rey.

El sitio se estrechaba de una manera terrible, la peste hacia un estrago mas espantoso aún que las balas enemigas.

El hambre tenia exhaustos á los insurgentes.

Dice un historiador, que una caja de cigarros llegó á valer veinte reales. Chupábanse las hojas de los árboles, alfalfa, rapé y polvos colorados de tabaco y lechuguilla de jarcia; entonces se conoció el imperio que tiene el vicio de fumar tabaco. Un *gato* valía seis pesos, un *iguana* veinte reales, las *lagartijas* y las *ratas* se vendian á precios altos. Acabáronse los *cueros*, que remojados y tostados parecian mas sabrosos que la carne de puerco. Acabados los cueros se comian las patas viejas de toro, tomando la agua caliente, como si fuese caldo de una rica gallina. Solo abundaba el aguardiente, azúcar y mieles corrompidas, alimentos que acabaron de apestar á los negros costeños.

Cuautla era á la verdad en aquellos dias, un remedo de la infeliz Jerusalem asediada por las legiones de Tito y Vespeciano.

Aquella situacion apremiante, parecia no sobrecojer á los sitiados, que hácian alarde de su heroismo.

No queremos tomar las palabras de los defensores de la independencia mexicana, porque se tendrian por parciales, apelamos á las notas del general que asediaba la plaza.

"Si la constancia y actividad de los defensores de Cuautla fuese con moralidad y dirijida á una justa causa merecia algun dia un lugar distinguido en la historia.

"Estrechados por nuestras tropas, y afligidos por la necesidad, manifiestan alegria en todos los sucesos: *entierran sus cadáveres con repique en celebridad de su muerte gloriosa*, y festejan con algazara, bailes y borrachera sus frecuentes salidas, cualquiera que haya sido el éxito; *imponiendo pena de la vida* al que hable de desgracias ó de rendicion.

"Este clérigo es un segundo Mahoma, que promete la resureccion temporal, y despues el Paraiso con el goce de todas sus pasiones á sus felices musulmanes".

Morelos resplandecia como un astro, cegando con su luz á sus mismos enemigos.

Ellos recojian las páginas de su gloria, ellos las trazaban con su propia mano, así se venga el genio en el porvenir.

Llegó el terrible momento de elejir entre la *rendicion* ó la *ruptura* del sitio.

No habia disyuntiva, la muerte estaba colocada sobre los dos extremos de la balanza.

Morelos despues de oir el parecer de sus compañeros, se decidió á abandonar la ciudad, y lo anunció á su ejército en la órden del 27 al 28 de Abril de 1812.

Galeana y los Bravos hicieron reconocimientos sobre varios puntos; y el enemigo se puso en alarma cubriendo la salida mas probables de los sitiados.

Morelos señaló sin vacilar los puntos mas difíciles, que eran el Calvario y Amelcingo.

Esta decision, que es un reto en los momentos supremos del peligro, solo la tienen los héroes!

II.

Disponiase todo lo concerniente para la salida, los soldados estaban inquietos esperando la noche, y los oficiales no se apartaban de sus cuarteles.

El coronel Piedra–Santa estaba en su alojamiento en conversacion tirada con su amigo el capitan Edmudo Fonterravía, á quien habia salvado de la muerte.

—Está triste el prisionero, dijo don Alfonso en tono de broma.

—Estoy admirado de cuanto pasa, respondió Edmundo, el general Morelos es un hombre extraordinario, un verdadero génio.

—Es verdad, yo lo respeto y admiro como á un Dios.

—La Córte de México ignora quien es este hombre, coronel Piedra–Santa; yo he visto muchas batallas en España, he estado en las ciudades sitiadas por los franceses, y sin embargo el valor y la abnegacion de Morelos me infunden una verdadera veneracion.

—Por él estamos pronto á sacrificar la existencia.

—Yo me honraria en pertenecer á su ejército.

—Nuestros brazos están abiertos para todos los que quieran luchar por la libertad.

—Acaso pertenezca de corazon á los insurgentes, contestó Edmundo, dando á sus palabras cierto aire de misterio.

—Si pudiera explicarse mas claro el señor capitan. . . .

—Acaso mas tarde.... yo tengo un secreto que debo comunicar á alguien . . . . á vd. precisamente lo he señalado para ello . . . . desde que estoy en América, me he sentido influenciado por un poder desconocido . . . . yo sé que mis mayores han vivido en este país, que muchos fueron mexicanos, y sin querer amo esta tierra.

Piedra–Santa tendió su mano al prisionero.

—No es una adulacion: cuando yo haya levantado la piedra que está sobre mi corazon, entonces me concederán. . . . en fin, ya he dicho que el seno de un amigo será la urna donde deposite mi secreto, y lo cumpliré.

—Gracias, capitan.

—Ahora, señor coronel, me toca á mí el turno: ¿por qué está usted triste aquí á solas, cuando se muestra tan alegre delante de sus soldados?

—Capitan, yo necesito dar ejemplo de valor á esos hombres, que exhaustos por el hambre y por la peste, sostienen el honor de nuestras armas casi desde el borde de la tumba. . . . ellos deben ignorar nuestros sufrimientos. . . . si apareciera en nuestros semblantes una sola sombra de desconsuelo, arrojarian sus ace-

ros, y la plaza seria entregada á saco, y.... no, no lo quiero pensar.

—Tiene usted razon.

—Ademas, yo llevo en mi alma un profundo pesar.

—Amores desgraciados....

—Sí, capitan: la mujer que amo ha desaparecido; ignoro si existe.... figúrese usted que en los momentos de celebrarse nuestro matrimonio, las fuerzas realistas atacaron la plaza.... fatalidad!.... tuve que entregar á mi prometida á uno de mis amigos mas fieles para que la salvase; ese hombre no ha vuelto, y yo estoy desesperado.

—Y qué rumbo?...

—Lo ignoro: sé que debe haberla cuidado como á su misma existencia; pero esto no aquieta mi espíritu.

—Acaso el sitio haya impedido á ese hombre entrar en la ciudad.

—Puede ser.

—Capitan, dijo don Alfonso despues de un momento de silencio, voy á hacer á usted un encargo.

—Y lo cumpliré, bajo mi palabra de honor.

—Así lo espero.

—Esta noche vamos á romper el sitio.

—Lo sé.

—Al quebrantar esa cadena de acero que hace seis meses tiene opresa á la ciudad, puedo morir.

—No hay que pensar en ello.

—Yo, que jamas he temblado, tengo miedo por ella.... sí, por ella, á quien amo tanto!

—Estoy dispuesto á cumplir cuanto se me ordene.

—Recoged mi cadáver.... llevo al cuello un relicario que ella me puso al partir: devuélvaselo usted, y dígale que la amé hasta el último aliento.

—Vamos, esas ideas son raras, y....

—No convienen á un soldado, es verdad; pero cuando uno ama se vuelve un niño.

—Está bien, dijo Fonterravía; yo comprendo esos sentimientos, porque tambien estoy enamorado y sufro la ausencia de esa mujer á quien idolatro: Luz es mi vida!

—Luz! esclamó don Alfonso, ¿se llama Luz esa criatura?

—Precisamente, y tiene una historia singular.

—Cuente usted: le escucho con un gran interes; figúrese usted que Luz se llama mi prometida.

—Es una coincidencia feliz.

—Sí, respondió don Alfonso.

—Esta jóven es hermana de un realista amigo mio, hombre que inspira terror: tiene una mirada torva, habla muy pocas veces y es terrible á la hora del combate.

Una ansiedad estraña comenzaba á agitar el corazon de Piedra-Santa.

—El capitan Castaños es todo un valiente.

Don Alfonso ignoraba que Jacinto habia tomado un apellido supuesto, y comenzó á tranquilizarse.

—Decia, señor coronel, que por una sucesion de casualidades que yo no he querido averiguar, esa niña fué retenida por un general insurgente que la amaba como á una hija.

—¿Un general? preguntó don Alfonso.

—Sí, coronel, estoy seguro de no equivocarme: Castaños, filiado en el ejército realista, tuvo que recojer á los dispersos de Izúzar, y al atravesar el monte encontró á Luz, que iba en direccion de una de las posesiones del general, que está lejos del teatro de la guerra.

—Continúe usted.

—La pobre niña tuvo un gran placer al encontrarse bajo el amparo de su hermano; yo la conocí en la hacienda de Buenavista, y me enamoré profundamente.... ella, coronel, ella me ama con el fuego de los primeros amores.

—Continúe usted, capitan.

—La pedí en matrimonio á Jacinto, y....

—Jacinto ha dicho usted? gritó Piedra-Santa.

—A qué exaltarse, coronel!

—Es que hace una hora me está usted haciendo pedazos el corazon.... esa mujer es Luz, hermana de Jacinto, de ese miserable asesino.... sí, capitan; esa mujer está colocada entre los dos, y no cabemos sobre la tierra!

—Puede usted equivocarse.

—El alma me lo está diciendo á gritos.... Dios mio!... ella infiel!

—Pero está usted loco....

—Señor capitan Fonterravía, es necesario batirnos en duelo á muerte.

—Eso es imposible.

—Luego es usted cobarde?

—Coronel Piedra-Santa, soy prisionero de los insurgentes, y podrian sospechar que he sido asesinado.

—Bien: comprendo lo horrible de esta situacion; pero quedamos emplazados.

—Emplazados! gritó Edmundo; la vida por esa mujer.

—La vida por mi honra! esclamó Piedra-Santa; y aquellos dos hombres se separaron furiosos, aplazando el momento de su venganza!

III.

El general dió órden para que no se corriese la palabra en su campamento: parecia que la ciudad habia entrado en el sopor de un letargo.

Calleja envió á un comisionado, que se presentó con bandera blanca frente al baluarte del agua.

Las trincheras se coronaron de gente; Morelos en persona recibió el pliego presentado por el oficial.

Para no infundir sospechas á su ejército, leyó en alta voz el contenido, que era nada menos que su indulto, el de Galeana y el de Bravo.

Enrojecióse la faz del caudillo ante aquel terrible insulto, y sacando el lápiz de su cartera, trazó al reverso del pliego algunas palabras, que leyó despues con fuerte acento.

—*"Por mi parte, señor general Calleja, otorgo igual gracia á usted y á los suyos."*

Los soldados dieron vivas entusiastas á su general, y el enviado llevó la respuesta arrogante de Morelos al jefe de la espedicion realista.

Los campamentos permanecieron en espectativa; no se disparó un tiro en toda la tarde.

Llegó la noche: la luna de Abril se ostentaba hermosa y resplandeciente en el horizonte; ascendia entre las trasparentes gasas de las nubes, dando una luz reberverante sobre el campo y la ciudad.

Reinaba un silencio de muerte: parecia que los defensores de la plaza se habian petrificado, como esos caballeros que están de pié sobre las tumbas de la edad media.

El campo de los realistas estaba en reposo: la luz de la linterna que ardia hasta muy avanzada la noche en la tienda del general, estaba apagada.

Las horas corrian con una lentitud, que parecian prolongarse una eternidad.

Dieron los tres cuartos para las doce.

Un ruido de armas se escuchó á lo largo de las calles de Cuautla, parecido á un golpe de mar sobre una playa abandonada.

Las columnas del ejército insurgente estaban en guardia para la salida.

La mayor parte de la fuerza estaba en la plazuela de San Diego.

Sonó la hora histórica en el relox del destino.

Galeana se puso á la vanguardia.

En el centro se colocaron los Bravos; Morelos entre centro y vanguardia.

La retaguardia la mandaba el capitan Anzures.

Comenzó el desfile enmedio del silencio mas aterrador.

Morelos se detuvo para ver pasar á sus soldados, y cuando hubo salido el último de los parapetos, volvió su rostro ceñudo á la ciudad, pasó su mirada de águila sobre ella, contempló sus altas torres y sus edificios.

—Adios, dijo con voz conmovida; tú conservarás el nombre de mis soldados, y serás una de las páginas mas gloriosas de nuestros dias!

Avanzóse despues al lugar que le correspondia, porque la cabeza de la columna ya asomaba entre dos de los reductos enemigos.

Aquel era el momento de la crísis.

Llevaban una hora de camino, cuando al atravesar un puente Galeana tropezó con un centinela, á quien dió muerte con su pistola.

La detonacion atrajo á los sitiadores, que comprendieron desde luego que los insurgentes trataban de romper el sitio; ó por mejor decir, que ya lo habian roto, burlando la vigilancia de los puntos avanzados.

Rompióse el fuego en toda la línea y sobre la plaza; los insurgentes dieron su grito de ¡Viva la América!

Trabóse un combate terrible: la columna avanzaba enmedio del fuego, hasta llegar al punto de Guadalupita, donde los realistas se arrojaron sobre sus flancos, y ya cortada se mantuvo batiéndose sobre el campo; dispersóse despues, dejando á dos campamentos enemigos batiéndose sin reconocerse.

Estos campamentos eran los de Santa Inés y Zacatepec.

Galeana se confundió con los realistas enmedio de una tormenta de plomo, mientras los insurgentes se ponian fuera de tiro.

Morelos cayó en una zanja, fracturándose las costillas; los soldados se arrojaron á salvar al caudillo, que apesar de sus dolores montó á caballo y continuó su marcha, batiéndose en aquel terreno palmo á palmo.

Mientras Morelos llamaba la atencion por aquel sitio, don Leonardo Bravo y su hermano don Víctor salieron por el Calvario, en medio de las dos baterías, Santa Inés y Zacatepec, con trescientos infantes de su regimiento, con los que quitaron dos cañones y tres tiendas de campaña.

Pasaron del fortin á la hacienda de Guadalupe, donde batieron un piquete de caballería.

Siguieron su marcha apresurada á Ocuituco, donde llegaron al mismo tiempo que Morelos con los insurgentes.

Bravo venia seguido por una partida de dragones de San Cárlos.

Morelos le preguntó con calma:

—¿Qué fuego es ese que trae usted á la espalda?

—No es nada, respondió Bravo; son unos realistas que me han venido á hacer *salva*.

Multitud de familias que habian participado de las penalidades del sitio, salieron con el ejército insurgente, dividiendo tambien los peligros de aquella salida tan arrojada.

Galeana luchó como un leon, sosteniendo la retirada hasta tomar cuarteles en Tejacaque.

Calleja supo á las dos de la mañana que la plaza habia sido desocupada: esta noticia lo llenó de entusiasmo militar, y con grandes precauciones y despues de multitud de reconocimientos, hizo entrar á su reserva en la ciudad.

Destacó en seguida á la caballería sobre el pueblo que abandonaba la plaza, é hizo una carnicería espantosa en las infelices mujeres, niños y ancianos.

Los realistas entraron á saco en Cuautla de Amilpas; se entregaron al pillaje mas desenfrenado, vengándose en los inermes de las humillaciones recibidas de los insurgentes.

Calleja escribió á la Corte de México:

"El dia en que justamente se cumplen cuatro meses de la to-
" ma de Zitácuaro, ha entrado mi ejército *siempre vencedor* en
" Cuautla, á las dos de su mañana.

"El enemigo *intentó* una salida, por dos puntos de la línea: fué
" rechazado en el uno, y con mucha pérdida, *penetró* por la caja
" del rio, y en aquel momento destaqué la infantería á que se
" apoderase de Cuautla, y la caballería á que siguiese el alcance
" tan próximamente que iba mezclada con él."

Recibióse la noticia en la capital: todos buscaban la lista de los prisioneros, creyendo á los caudillos de la independencia en poder de Calleja.

Ni uno solo apareció en el detall; aquello decia en voz alta que Morelos, el inmortal soldado de la patria, habia roto valientemente la cadena forjada en torno de la ciudad, y que las ruedas de sus cañones habian pasado sobre los cadáveres de los sitiadores!

Allí estás tú, monumento augusto, con tus ruinas y tus recuerdos! . . .

El sol de la independencia da de lleno sobre tu frente, coronada con los lauros de tus victorias!

Duerme, ciudad augusta, al son de los himnos que levanten los libres ante tus muros: tú serás el *caballero alto* de la revolucion, en las memorias sublimes de aquellos dias!

Sobre esas piedras carcomidas por el bronce, se levanta la sombra de un héroe! . . .

IV.

Todo el ejército insurgente se reunió en Chautla de la Sal, donde pasaron revista públicamente.

Faltaban *diez y siete* hombres de la clase de tropa y un general.

El ejército entró en una consternacion sombría: nadie se atrevia á preguntar, ni á inquirir, ni á aventurar una sola palabra.

En el alojamiento de Morelos estaba un jóven oficial lleno de inquietud: su semblante pálido como la muerte y su mirada turbia, indicaban que estaba poseido de una pesadumbre mortal.

Llegó un correo que puso en las manos del jóven una carta.

"Hijo mio:—He sido entregado á mis enemigos por mano de la traicion mas horrible."

La carta estaba fechada en la hacienda de San Gabriel.

Levantóse el jóven soldado, y arrojándose en brazos del general, esclamó con acento conmovido por el llanto:

—Mi padre, señor! . . . mi padre! . . .

El ejército supo que don Leonardo Bravo, uno de los caudillos mas eminentes de la revolucion, habia caido en poder de los dominadores.